

BÁRBARA

# BÁRBARA

TRAGICOMEDIA EN CUATRO ACTOS

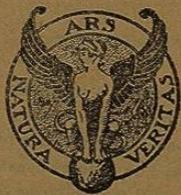
POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro Español, de Madrid,  
el 28 de Marzo de 1905

Es propiedad. Queda hecho el  
depósito que marca la ley. Serán  
furtivos los ejemplares que no  
lleven el sello del autor.

BENITO  
PÉREZ  
GALDÓS



MADRID

OBRAS DE PÉREZ GALDÓS

132, Hortaleza

1905

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

## PERSONAJES

|  |                             |
|--|-----------------------------|
| BÁRBARA, CONDESA DE TÉRMINI.....                                       | Sra. Guerrero.              |
| HORACIO MADDALONI, Intendente de Siracusa.....                         | Sr. Díaz de Menázoa (D. F.) |
| DEMETRIO PALEÓLOGO, caballero griego.....                              | Sr. Palanca.                |
| LEONARDO DE ACUÑA, Capitán español al servicio del Rey de Sicilia..... | Sr. Díaz de Mendoza (D. M.) |
| FILEMÓN, anticuario, pedagogo.....                                     | Sr. Santiago.               |
| CORNELIA, su esposa.....   | Srta. Cancio.               |
| ROSINA, su criada.....   | Srta. Asquerino.            |
| EL ABATE SILVIO.....   | Sr. Rivero.                 |
| ESOPO.....   | Sr. Mesejo.                 |
| MONTANARI, juez.....   | Sr. Guerrero.               |
| TAORMINA, Asesor general de Justicia.....                              | Sr. Cirera.                 |
| MONSEÑOR SELINONTE, Limosnero de la Intendencia..                      | Sr. Carsi.                  |
| EL CONTADOR DE LA INTENDENCIA.....                                     | Sr. Soriano Viosca.         |
| EL COMISARIO DE MONTES.....  | Sr. Urquijo.                |
| EL VISITADOR GENERAL.....  | Sr. Juste.                  |
| UN CAPITÁN DE GUARDIAS.....  | Sr. Cayuela.                |

Curiales, lacayos, criados, guardias, pueblo.

Siracusa, 1815.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

C. de San Francisco, 4.

## ACTO PRIMERO

*Sala de la casa de Filemón en la Acradina, suburbio de Siracusa. Puerta pequeña á la izquierda; puerta mayor al fondo. En las paredes, fragmentos de escultura griega, bajo-relieves, metopas, capiteles, brazos, manos y torsos de estatuas, lápidas funerarias, todo colocado con método en gran profusión. Entre los objetos de arte griego, estantes con libros y legajos indican la erudición y estudio del dueño de la casa. A la derecha, primer término, una mesa cubierta de papeles sirve de escritorio á Filemón. Junto á ella un canapé, estilo Imperio. A la derecha, una mesita donde toman la colación Filemón y Cornelia. Es de noche. Una lámpara colocada en la mesa de estudio alumbra la escena; en la mesita una bujía con pantalla.*

### ESCENA PRIMERA

FILEMÓN, sentado á la derecha terminando un trabajo; CORNELIA, sentada, lee un librote viejo; ROSINA, que entra y sale durante la escena.

CORNEL.—(Suspendiendo la lectura.) Por el bendito San Jenaro y la Santa Virgen de Loreto, descansa ya, Filemón.

FILEM.—(Soltando la pluma, se restrega los ojos.) Por Latona y sus divinos hijos, ya he trabajado bastante. Felizmente, toco al término de mi afán. ¡Si los dioses propicios...!

CORNEL.—(Vivamente, interrumpiéndole.) Dios, querrás decir... el grande y único Dios.

FILEM.—Digo que si Dios prolonga mi pobre existencia un año más ó dos, dejaré perpetuada en caracteres indelebles esta magna obra. (Pone orgulloso la mano sobre un gran rimero de papeles.) ¡Oh... labor de cuarenta años, substancia de toda una vida, que me asegura la gratitud, la admiración de los siglos venideros...!

CORNEL.—No te ciegue la vanidad, viejecillo mío. Ya sabes mi opinión... Recopilando con arte y paciencia todas las mentiras gentílicas, ¿qué has hecho más que una obra de puro pasatiempo?...

FILEM.—(Recreándose en sus manuscritos.) Aquí, amada Cornelia, se resume aquel mundo de ideal poesía, la deificación de las fuerzas naturales, origen de todo arte, fuente de toda belleza.

CORNEL.—*Vade retro*. No hay arte ni belleza fuera de nuestra sagrada fe.

FILEM.—Distingo... Dice Platón en sus *Definiciones*...

CORNEL.—Al diablo Platón y todos los filosofastros...

FILEM.—*Kalon ti ágaton*...

CORNEL.—Que sólo lo bueno es bello. (Burlándose.) Y lo bueno, ¿qué es?

FILEM.—Pues en el Diálogo Hípias dice el maestro: *Parzenos kale kalon*.

CORNEL.—¿Y eso qué significa?

FILEM.—Que lo bello es... una mujer hermosa.

CORNEL.—¡Qué desvergonzados, qué cínicos eran esos malditos griegos! (Mostrando el libro.) Atengámonos á lo que aquí nos enseña el *Angel de las Escuelas*... *Universalia sunt ante rem et in re*...

FILEM.—Ya he demostrado á mi sabia esposa que Santo Tomás y el buen Platón no son tan enemigos como parece. En fin, más que disertar sobre puntos tan sutiles, nos tiene cuenta ahora... (Entra Rosina por la izquierda con platos y servicio de mesa.)

CORNEL.—Cenar.

FILEM.—Ji, ji: cenemos.

CORNEL.—Vivir es lo primero.

FILEM.—(A la derecha, ordenando sus papeles.) Benditos sean los dioses (Corrigiéndose); bendito Dios, que me ha dado esta descansada vejez, permitiéndome rematar tranquilamente el trabajo de toda mi vida... ¡Y que no es floja tarea, por Júpiter! (Repetiendo con orgullo el título de su obra.) «*Tesoro enciclopédico, sinóptico y alfabético de las divinidades y mitos celestes, terrestres, infernales, etc., etc., de la antigua Grecia*...» Como tú dices, Cornelia, este saber mío, aunque profano, no debe perderse.

CORNEL.—De que no se pierda cuidará Horacio, nuestro sabio Intendente...

FILEM.—El grande artista, el déspota ilustrado que nos gobierna.

CORNEL.—Cuidará también la Condesa Bárbara, que se digna costear la impresión.

FILEM.—¡Divina Bárbara! Nuestra bienhechora, incansable en favorecernos, quiere ser mi Mecenas.

CORNEL.—Y justo será que en el pórtico mismo de tu obra tributes á la Condesa el homenaje de nuestra gratitud.

FILEM.—(Gozoso, con cierto misterio.) Como que transmitiré su nombre á la posteridad. (Vuelve á coger algún manuscrito de los que apartó antes.) Verás, Cornelia, verás.

CORNEL.—¿Qué es eso? ¿Algún trabajo nuevo?

FILEM.—Quería sorprenderte, ji, ji... (Con misterio.) Esto es la noticia biográfica que ha de preceder á la obra... noticias del autor, de mí, que no quiero confiar á nadie, por más que la modestia me obligue á callar más de cuatro cosas...

CORNEL.—Naturalmente... Pero la verdad ante todo, Filemón. Busca una manera sutil de elogiarte... con muchísima modestia.

FILEM.—(Leyendo rápidamente, á saltos.) «El profesor Filemón Polidoro, nacido en Palermo, criado en Siracusa... ta, ta... consagró toda su existencia al clasicismo griego... (Rápidamente, casi entre dientes), ta, ta... Rechazó honores, ta, ta, ta... fué un investigador incansable... dió á conocer el mito arcáico de Demeter y Coré; descubrió la Afrodita Urania, ta, ta... Las naciones extranjeras le proclamaron como el más eminente helenólogo y helenógrafo de su siglo... ta, ta, ta... y él... siempre modestísimo, humildísimo, ta, ta, ta...»

CORNEL.—No tanta humildad, hijo...

FILEM.—Ahora viene lo más interesante... (Lee con claridad, marcando los conceptos.) «Ya de edad avanzada nuestro autor... me llamo así, *nuestro autor*... fué solicitado por el Conde de Términi para encargarle la educación de su hija Bárbara. Filemón Polidoro la instruyó en todo lo concerniente á las divinidades del Paganismo, hermosa y sublime ciencia... Y cuando la noble dama entró, por muerte de su padre, en posesión de su corona y riquezas, recompensó los servicios del sabio maestro regalándole este humilde, este plácido retiro...» (Vase Rosina por la izquierda.)

CORNEL.—(Alegre.) Muy bien, Filemón... que sepa la Posteridad cuánto debemos á Barberina...

FILEM.—Pues oye lo mejor. (Hojeando otro cuaderno.) Ahora viene la dedicatoria... la gallarda inscripción que se pone en la parte más visible de todo monumento...

CORNEL.—(Curiosa.) A ver, á ver...

FILEM.—«A la excelsa, á la sublimada señora...» tal y tal... Aquí todos los nombres y títulos... «predilecta hija de Minerva...»

CORNEL.—Bien.

FILEM.—A la que de Juno recibió la prudencia; de Diana, el recato; de Venus, las gracias; de Niobe, las virtudes...

CORNEL.—Yo que tú, Filemón, la enaltecería más que por sus gracias, por sus desdichas...

FILEM.—¡Oh! también.

ROSINA.—(Entrando con la cena.) La cena.

CORNEL.—A cenar. (Diríjese á la mesa.)

FILEM.—Indico las desgracias con cierta discreción... (Se sienta á la mesa. Cenan.)

CORNEL.—¡Infortunada Condesa! Y no me digas á mí que su desgracia es obra de eso que llamáis el destino, la fatalidad...

FILEM.—Destino, fatalidad, ¿qué son? Lo que cada sér lleva en su alma: cualidades, defectos... No me negarás que una parte del infortunio de Bárbara tiene su raíz en ella misma.

CORNEL.—En su carácter impetuoso...

FILEM.—En su imaginación, que podríamos llamar volcánica, como si la hubiera forjado el Etna; en su voluntad sin freno...

CORNEL.—Y en su paganismo...

FILEM.—Eso no, Cornelia: no veamos en las desventuras de la Condesa otra causa que su desatinado matrimonio... Culpa fué de los padres, que, sin consultar el corazón de la pobre niña, la casaron con un hombre odioso, con un hombre indigno.

CORNEL.—Estamos conformes. Ese griego infame ha traído la maldición de Dios á la casa de Términi.

FILEM.—Los señores Condes se deslumbraron con las riquezas de Lotario Paleólogo, adquiridas en el comercio; les fascinó también el nombre sonoro que recuerda á los Emperadores de Bizancio; no vieron su brutalidad, su grosería...

CORNEL.—Lo que yo digo: si alguna vileza humana se pierde, búscuena en el corazón de ese degenerado bizantino.

FILEM.—En ese antro donde jamás entró un sentimiento noble.

CORNEL.—No pasa día sin que la pobre Bárbara tenga que sufrir desaires, humillaciones, cuando no los ultrajes más soeces. Ayer mismo... no te hemos dicho nada por no disgustarte. Pero conviene que lo sepas. Rosina, cuenta á tu amo la escena escandalosa que presenciaste ayer en Castel-Términi.

ROSINA.—¡Ah, qué paso!... Espanto me dió de verlo, y con el espanto

vergüenza.. Fuí á llevar á la señora Condesa las estampas nuevas de esa diosa que llaman...

FILEM.—Afrodita... con los amorcillos Eros, Pothos é Himeros.

CORNEL.—Déjala que siga.. Verás qué amorcillos andaban alrededor de ella.

ROSINA.—Cuando entré en el palacio, el bruto del Conde se entretenía en castigar á su esposa.

FILEM.—(Indignado, haciendo con la mano indicación de castigo.) ¡Castigar... pero castigar!...

ROSINA.—No con la mano, señor... con la brida de un caballo.

FILEM.—¡Oh!

CORNEL.—¿Ves qué abominación?

FILEM.—¡Horror!...

ROSINA.—La Condesa huyó de sala en sala clamando socorro. El bellaco del Conde, detrás, echaba por aquella boca llamaradas del infierno.

FILEM.—¡Sayón, asesino!

ROSINA.—Eso mismo le dijo la señora... Volvióse contra él como una fiera... (Dando á sus actitudes toda la expresión descriptiva.) «Monstruo—le dijo,—merezco la muerte, sí: debo morir por haber consentido en ser esposa de un salvaje, por haberle creído digno de vivir junto á mí... Pero no me des tú la muerte que merezco... es demasiada ignominia morir á tus manos... Trae un verdugo, trae un león, una serpiente venenosa... pero tú no, no.» Esto dijo. El Conde rugía, rechinaba los dientes, revolvió de una parte á otra su mirada feroz... No sé lo que habría sido de la pobre señora si no acuden los criados, y yo con ellos, á sujetar á la bestia...

FILEM.—¿Hay mayor desventura?

ROSINA.—Dejé las estampas sobre el clave y me vine corriendo á casa.

FILEM.—¡Villano!

CORNEL.—Yo digo: el motivo de esta trapisonda no puede ser otro que los malditos celos.

FILEM.—Por Vulcano, que así ha de ser. Habrá llegado á sus oídos el rumor de los galanteos de ese militar español, Leonardo de Acuña...

CORNEL.—Poco á poco... Que el tal caballero español le haga la corte con finura exquisita, no quiere decir que ella...

FILEM.—Justo, no quiere decir que ella... (Concluida la polenta, comen fruta. Beben vino blanco.)

ROSINA.—Pues yo, con perdón, he oído que...

FILEM.—¿Qué has oído tú, bachillera?

ROSINA.—Nada, señor: una cosa muy natural... que mi señora la Condesa... ama al español... aunque... todavía...

FILEM.—Eh... calla, mala lengua.

CORNEL.—Déjame que te explique, Filemón. Los que á tontas y á locas hablan de ese galanteo, sin quererlo se van de la murmuración inocente á la calumnia mansa. Me consta... nadie tiene que contármelo, porque lo he visto... me consta que todas las entrevistas de Bárbara con el español han sido casuales... No negaré que Bárbara...

FILEM.—¿Qué...? ¿Gusta del caballero?

CORNEL.—Síntomas he visto de que en su corazón ha prendido la llama. Pronto arderá locamente. (Rosina recoge los platos; se retira por la izquierda y vuelve.)

FILEM.—¡Ay, ay!

CORNEL.—Peto el amor de Bárbara es platónico, absolutamente platónico... Como declaro y aseguro que es el español el tipo del caballero enamorado, de aquéllos que adoraban á sus damas en el altar del respeto.

FILEM.—De la cepa de los Orlandos y Amadisés. Ya. Pero aun siendo el galán como le pintas, convengamos en que los celos de Lotario tienen su por qué.

CORNEL.—No lo tendrían si él fuera un hombre amable, bueno... y no una bestia repulsiva. (Suenan un fuerte aldabonazo.)

FILEM.—¡Ay! (Súbito espanto en los tres.)

CORNEL.—¡Jesús!

ROSINA.—¿Qué será esto?

CORNEL.—¿Quién llamará á estas horas?

FILEM.—Es la primera vez, en cinco años, que el aldabón viene á turbar nuestro sosiego. (Otro aldabonazo.)

ROSINA.—¿Abro?

CORNEL.—No... Podrían ser ladrones... Asímate, mira. (Vase Rosina por el fondo.)

FILEM.—(Muy asustado.) Estos días se habla de una cuadrilla que tiene su madriguera en Monte Lauro.

ROSINA.—(Entrando á la carrera.) Señor, señora...

FILEM.—¿Son muchos?... ¿Vienen armados? (Temblorosos se agrupan.)

ROSINA.—Es una mujer... una señora...

CORNEL.—(Con gran asombro.) ¡Señora!...

ROSINA.—Cubierta con un manto... No puedo distinguir...

FILEM.—No abras, no abras... Esos bribones adoptan los disfraces

más extraños para penetrar en las viviendas. (Aldabonazos repetidos y más fuertes.)

ROSINA.—Bajaré... preguntaré...

CORNEL.—No, no... Mira otra vez... (Vase Rosina.)

FILEM.—(Confuso.) ¡Una mujer! ¿Será...? No... Imposible.

CORNEL.—Alguna infeliz que pide socorro... ¡Hay tanta miseria en todo el campo de Catania y en estos valles!

ROSINA.—(Entrando presurosa, sin aliento.) Señor... Es la señora Condesa.

CORNEL.—¡Bárbara!

ROSINA.—La he conocido en la voz. Al verme en la ventana gritaba: «Abrid, abrid... por Dios.»

FILEM.—¿Sola?

ROSINA.—Sola.

CORNEL.—Abre. (Corriendo tras de Rosina.) Voy...

FILEM.—(Deteniéndola.) No, no; tú no. Los salteadores suelen imitar la voz de personas honradas para... Iré yo.

CORNEL.—(Deteniéndose.) Tampoco tú. Aguardemos.

FILEM.—Si es, en efecto, la Condesa... ¿qué puede motivar esta visita?

CORNEL.—Tan á deshora... ¡Dios mío... Virgen Santa de la Cadena!... Preveo una gran desdicha...

## ESCENA II

FILEMÓN, CORNELIA.—BÁRBARA, que entra despaavorida. En la falda y abrigo cierto desorden y desgarraduras; desorden también en el cabello y peinado á la griega. El rostro lívido y desencajado, la mirada terrorífica, el paso vacilante, la respiración cortada, sin aliento. Acuden á ella Filemón y Cornelia: la rodean, la acarician, la sostienen. Pausa.

FILEM.—¡Bárbara, hija mía!

CORNEL.—¡Niña del alma! (Bárbara, aterrada, vuelve sus miradas hacia la puerta.) Nadie entrará.

FILEM.—¿Has cerrado bien abajo? (Vase Rosina por el fondo.)

CORNEL.—¿Qué ha ocurrido? (Bárbara, ahogada, no responde. Revuelve sus miradas por toda la estancia.) ¿Qué es esto? (Pausa.)

FILEM.—(Entrando.) Cerrado todo... Dinos ahora...

CORNEL.—Te ha maltratado tu esposo, ¿es eso?

BÁRB.—No... (Corrigiéndose vivamente.) Sí... No sé... no sé...

CORNEL.—Sin duda te ha injuriado...

BÁRB.—Sí.

FILEM.—De palabra... quizás de obra. ¡Monstruo!

CORNEL.—¿Y tú?

BÁRB.—Yo... yo... No sé... no sé... (Como indicando que no puede hablar.)

CORNEL.—Descansa, pobre alma. (Llevándola entre los dos al canapé.) ¿Se ha repetido esta noche el altercado de ayer?

BÁRB.—(Después de una pausa en que les mira atónita, divagando, como quien pierde la memoria.) ¿Ayer? ¿Qué decíais de ayer? (Mira al suelo como buscando un rastro de pisadas. Extiende sus miradas en dirección de la puerta por donde entró.)

FILEM.—¿Qué miras, ángel?

CORNEL.—¿Temes que alguien entre?...

FILEM.—Sin duda has venido perseguida... Lotario... dí... Lotario... Ese hombre execrable...

BÁRB.—No sé cómo deciros... Mis palabras están aquí. No quieren, no quieren salir... (Con repentina efusión.) Cornelia, Filemón, traedme un confesor. (Se levanta bruscamente; recorre la escena con gran excitación, las manos en la cabeza.)

CORNEL.—Sosiégate, por Dios... Ángel, ven aquí.

FILEM.—Siempre hemos creído que tu genio arrebatado te traería no pocos males. (Ambos la sujetan, la acarician, la obligan a sentarse de nuevo.) Procura serenarte, recobrar la claridad de tu juicio...

CORNEL.—(Queriendo animarla con palabras familiares, humorísticas.) Y al fin resultará que todo ello no es más que alguna simpleza, pequenez, que agranda tu imaginación desbordada.

FILEM.—Sí, sí; eso es. (Fingiendo jovialidad para animarla.) Tu padre decía: «Tenemos en Sicilia dos volcanes: el Etna y mi querida hija.»

BÁRB.—Dios me hizo á semejanza del volcán de nuestra isla. No puedo contener dentro de mí la verdad. Mis pasiones, mis odios y afectos, brotan de mí en ráfagas ardientes... Soy sincera. No sé disimular; no sé tragarme á mí misma. Sin duda soy mala. (Excitándose.) ¿Verdad que soy mala?

CORNEL.—No, hija mía.

FILEM.—Quizás tu culpa no sea tan grave.

BÁRB.—¡Oh! sí; grave culpa. (Con idea fija.) Traedme un confesor.

CORNEL.—A esta hora no es fácil. Mañana...

FILEM.—Pon tu confianza en mí, en tu viejo preceptor, que si no podrá absolvarte, podrá al menos consolarte...

CORNEL.—(Examinando los desgarrones de la ropa.) Bien claro está que la reyerta ha sido violentísima...

FILEM.—Ese vil... Ante todo, dime... ¿En ese altercado...? La verdad, hija mía, la verdad. Has dicho que eres sincera.

BÁRB.—Nada ocultaré.

FILEM.—Pues dime: ¿ha figurado, ha tenido parte en ese... en ese escándalo el capitán español don Leonardo de Acuña, que... que... te requería de amores?

BÁRB.—(Sorprendida.) No, Leonardo no...

CORNEL.—¿De veras? Tú le favorecías con amor contemplativo, platónico; lo sé... pero amor al fin... me lo has dicho... y muy arraigado en tu corazón.

BÁRB.—(Vivamente, protestando.) Leonardo no. He sido yo, yo sola... El capitán salió esta mañana de Siracusa. ¿No sabíais que el Gobierno... el Rey... le ha mandado á la costa de Albania á reclutar gente, hombres, soldados para...?

FILEM.—Para organizar partidas volantes, sí, sí... que hostiguen á las tropas de Murat, rey intruso de Nápoles. Esto se ha dicho.

CORNEL.—De modo que... ¿Pero de veras partió...?

BÁRB.—Sí... Yo bajé á la ciudad muy temprano, y desde el muro de la ciudadela de Carlos V, que domina el puerto, ví al capitán en el muelle... Le despedían los Franciscanos, que son sus mejores amigos... le ví entrar en la embarcación... La embarcación, momentos después, dió al viento todas sus velas... Triste, mirando siempre al mar, volví yo á Castel-Términi, y en mi balcón... en mi balcón pasé no sé cuánto tiempo viendo la nave... viendo la nave avanzar lentamente por el mar azul... Mis ojos la siguieron hasta que las velas blancas no eran más que un punto muy chiquito en el horizonte... Desapareció, y aún lo veía yo... (Suspirando, vuelve sus miradas al suelo, apoya los codos en las rodillas y la cabeza en las palmas de las manos. Filemón y Cornelia se miran y suspiran hondamente.)

CORNEL.—¿Y antes de su partida, ayer, en los días últimos, el capitán no tuvo algún encuentro, algún choque...?

BÁRB.—Nada. (Vivamente.) Os lo aseguro... Ningún choque... No, no es eso...

CORNEL.—(Impaciente.) Descartado el español, dinos...

BÁRB.—(Como trastornada.) ¿Pero no lo sabéis ya? ¿Es forzoso decirlo palabra por palabra? ¿No comprendéis?

CORNEL.—Casi lo adivinamos.

FILEM.—El ogro maldito llegó tal vez á extremos de brutalidad...

CORNEL.—Y en un momento de obcecación, de arrebató...

FILEM.—Pero, al fin, reconocerá su falta.

CORNEL.—Se arrepentirá...

BÁRB.—No se arrepentirá. (Con voz grave.) Ya no puede arrepentirse... ya no puede... (Cierra los ojos, como queriendo sustraerse á una visión penosa.)

FILEM.—(Aterrado.) ¿Pero qué ha sucedido?

CORNEL.—¿Dónde está tu esposo?

BÁRB.—¡Esposo...! (Con voz tétrica.) El lazo que nos unía, para él como una rienda, para mí como un dogal, se ha roto... lo he roto... yo. (Estupor de Filemón y Cornelia.)

FILEM.—¡Tú!

CORNEL.—¿Cuándo?

BÁRB.—(Mirando al suelo.) Yo me hallaba sola...

CORNEL.—¿Sola... dónde?... Explica...

BÁRB.—Sola estaba yo... (Confusa.) Os he dicho que salí de mi casa.

FILEM.—No lo has dicho.

CORNEL.—Bueno: saliste de tu palacio... ibas sola... De pronto se presentó Lotario ante tí... Sentiste sorpresa, disgusto...

BÁRB.—Sentí...

FILEM.—No precipitar el relato... ¿Tú saliste de Castel-Términi antes de anoecer?

BÁRB.—Sí... Ansiaba encontrarme sola en la Acradina al morir de la tarde, al nacer de la noche... Salí de Castel-Términi sin que nadie me viera. Fuí á las ruínas del Teatro griego; del Teatro pasé al Nimfeo; de allí al bosque sagrado...

FILEM.—(Vivamente.) ¡Oh! es lugar harto solitario, peligroso...

CORNEL.—(Con tristeza.) En aquella soledad paseabas una tarde conmigo... Encontramos al galán español... Sospecho que se hizo el encontradizo... Te ofreció un ramito de flores rústicas, cogidas en el templo de Ceres.

BÁRB.—(Como atelada, afirmando vagamente.) Sí... amapolas, adormideras.

FILEM.—Adelante.

BÁRB.—Atravesé el bosque de pinos y subí á la roca cercana para ver el Cielo. Ya era de noche... Resplandecía Venus al Poniente... La constelación del Cisne y su hermosa Cruz brillaban sobre mi cabeza; por Oriente, el caballo de Pegaso siguiendo á Perseo y Andrómeda. Yo amo las estrellas; las creo divinidades vivas... No me cansaba de contemplarlas... les pedí

que mantuvieran la serenidad del Cielo, la quietud de los vientos y de la mar.

CORNEL.—Al mar y al Cielo pedías que en toda esta noche fueran propicios á los navegantes.

FILEM.—¿Y después?

BÁRB.—Pasé junto á la Necrópolis... descendí de nuevo al bosque... Al entrar en la sombra del follaje espeso, tuve miedo...

FILEM.—Lo creo: es lugar obscuro, misterioso...

BÁRB.—Por los claros de los árboles ví las ventanas de Castel-Términi... mis habitaciones alumbradas... No me daba prisa por volver á mi casa. Aborrezco mi propia casa... ¿Veis qué desdicha? Odio el lugar de sufrimiento, la cárcel de mi alma...

FILEM.—En la selva tenebrosa se te presentó de improviso Lotario.

BÁRB.—(Excitándose.) Allí, allí. (Gradualmente va bajando la voz hasta llegar á un tono de secreteo medroso.) Noté que el rumor de mis pisadas sobre las hojas no sonaba solo. Otras pisadas sentí. Eran las suyas. Se acercó con andar de gato, vomitando injurias; se irguió ante mí de improviso. Vestía traje griego con arreos de caza... Un pavor que no puedo expresaros se apoderó de mí. Tanto como le odiaba, le temía...

CORNEL.—¡Infeliz mujer!

BÁRB.—Hizo presa en mi brazo con fuerza brutal. Tiró de mí para llevarme á Castel-Términi... casi me arrastraba... En su hablar atropellado, restallaban los terminachos más soeces... Ved mis ropas desgarradas y manchadas del lodo del suelo, menos inmundo que el alma de Lotario.

FILEM.—¡Oh, ya veo!

CORNEL.—Tu horroroso espanto no te permitió defensa alguna, ni protesta.

BÁRB.—No podía nada... La cobardía me paralizó. «No me maltrates, no me injuries,» le dije. Y él... ¡villano! Al verme sumisa, su maldad cambió de forma... sus caricias repugnantes, acompañadas de palabras groseras, despertaron en mí la energía... ¡un pudor frenético, instintos de fiera, furor de destrucción! (Alzando la voz briosa.) ¡Oh, qué alegría ser salvaje, poder morder, desgarrar con mis uñas, con mis dientes al bestial monstruo que quería profanarme!... Forcejamos un instante; resbaló, cayó al suelo. Al cinto llevaba un cuchillo de monte... En menos que se dice, yo... (Indica con un gesto la acción de arrebatar el cuchillo.) Mi mano ágil, mi mano fuerte... (Indica la acción de matar.) ¡No fué mi mano; fué un rayo del cielo!

CORNEL.— ¡Jesús, Jesús! (Consternados ambos.)

FILEM.— ¡Desdicha inmensa! (Pausa.)

BÁRB.— No se si retiré el acero... Creo que no. Huí despavorida.

CORNEL.— ¡Pero estás segura de haberle dado muerte?

BÁRB.— Volví á donde Lotario yacía... No sé por qué volví. Me movió un sentimiento, no sé... piedad, lástima... Acerqueme despacio, queriendo ver, temiendo ver, y ví... Como tonel abierto, el cuerpo se desangraba, inundando el suelo... En sangre nadaban las hojas secas... Yo temblé... La compasión me llenaba el alma... ¡Oh, pobre Lotario!... (Reproduciendo mentalmente la escena.) ¿Quién te dió muerte? Mi mano fué movida de una fuerza que venía... qué sé yo... de arriba quizás... ó de los profundos abismos. No me culpes, no me mires... Quiero resucitarte... quiero que tus ojos cuajados recobren su brillo... Resucita, Lotario... resucita. (Da algunos pasos como si huyera de una visión.) No, no: déjame... no vivas, no me mires, no corras tras de mí... Vuelve al charco de sangre, bárbaro, verdugo mío. Vete. (Se tapa los ojos, los oídos.) No quiero verte, no quiero oírte.

FILEM.— Acudiendo á ella.) ¡Hija mía!

CORNEL.— No delires. (Ambos la abrazan.)

BÁRB.— Llévame lejos... escondedme en lugar hondo, obscuro.

FILEM.— Sí... ven... nada temas.

BÁRB.— (Con súbito terror, mirando su ropa.) ¡Mi vestido... manchado...!

CORNEL.— (Examinando su falda.) De fango, de sangre no.

FILEM.— Miraremos bien... No, no hay manchas de sangre.

BÁRB.— Mirad, mirad bien. (Examínale los brazos, las manos.)

FILEM.— (Queriendo llevarla al canapé.) Ven aquí... sosiégate.

BÁRB.— (Bruscamente, mirando la suela de uno de sus zapatos, en la cual cree ver mancha de sangre.) ¡Ah! aquí... Mirad. (Se quita el zapato y lo arroja lejos.) Pisé las hojas encharcadas. (Se mira el otro zapato, y quitándoselo, lo arroja.) Aun descalza, mis pasos irán estampando por toda la tierra la imagen de Lotario muerto. (Da algunos pasos, descalza, por la escena.) ¡Oh! escondedme... quiero dormir, quiero olvidar.

CORNEL.— ¡Sí, pobre alma! (La conducen al canapé.)

FILEM.— Quiéraslo ó no, has de descansar.

BÁRB.— Obligadme, sometedme.

CORNEL.— Aquí... Reclínate. (La obligan á recostarse.)

FILEM.— Así, así. (Le pone un cojín en la cabecera.)

CORNEL.— (Suspendiendo los pies de Bárbara, la coloca en postura horizon-

tal.) ¡Así, pobrecita mía!... Te arroparemos. (Cubriéndola de rodillas abajo con el chal.) Así, así.

BÁRB.— (Con ternura y acento infantil.) Filemón, Cornelia, acariciadme, arrulladme como cuando era niña...

CORNEL.— Sí, sí... Pero antes... (Dirígese á la izquierda y rápidamente da órdenes á Rosina.)

FILEM.— Te arrullaremos, te adormeceremos.

BÁRB.— (Dolorida, echando de menos á Cornelia.) Cornelia, ¿dónde estás?

CORNEL.— (Volviendo presurosa.) Aquí, mi vida.

BÁRB.— Volvedme al dulce tiempo de mi niñez. Cuando, rendida del trajín de mis lecciones y de corretear locamente por el jardín, me entregaba al descanso, tú, Cornelia, me agasajabas en mi camita, me hacías rezar, rezando tú...

CORNEL.— Y ahora lo mismo. (Entra Rosina con una poción. Va Cornelia á recogerla, y vuelve junto á Bárbara.)

BÁRB.— Tú, Filemón, me referías el cuento de los pobres niños extraviados en el monte obscuro y salvados por el hermanito... Tú, Cornelia, me arrullabas con aquel dulce cantar... (Repite un canto de dormir niños.)

CORNEL.— (Repitiendo el canto y ofreciéndole la poción.) Bebe, y el sueño será contigo.

BÁRB.— Tú me bendecías, me arrullabas, llamabas al Ángel de la guarda para que velara junto á mí... me hacías creer... (Bebe) me hacías creer que el ángel extendía sus alas sobre mí (Se inicia en ella el desvanecimiento), y yo... escondía mi cara entre las plumas... me agarraba á las plumas...

FILEM.— Y dormías con dulce sueño.

CORNEL.— Ahora también. (Repite el canto de niños.)

BÁRB.— (Vencida gradualmente de la sedación.)... Me rinde el cansancio... me desvanezco... se me duermen las ideas... se me duerme la memoria... ¡Oh, memoria, duérmete!

FILEM.— ¿Ves qué efecto saludable...?

CORNEL.— Velaremos tu sueño.

BÁRB.— (Adormeciéndose.) ¡Oh, dulcísima pereza...! Mi cuerpo desmaya, se rinde... ¿Es esto dormir, es esto morir?

CORNEL.— (Repitiendo quedamente el canto, le pone la mano sobre los ojos.) Duerme, niña mía, duerme con el ángel. (Bárbara, rendida, se adormece. Filemón y Cornelia, andando de puntillas, se apartan á la izquierda.)

FILEM.— (Hablan entre sí en voz muy queda.) El caso es gravísimo. Lo arreglaremos de modo que cuando se descubra la muerte del

desdichado Lotario, no recaigan en la Condesa ni aun las sospechas de los más maliciosos... Engañaremos al tirano mismo, al sutil Horacio.

- CORNEL.—Difícil será. (Sigilosa, acercándose á Bárbara.)  
 FILEM.—Parece que su pobre cuerpo goza de algún descanso...  
 CORNEL.—Duerme. ¡Venturoso sueño! (Vuelve junto á Filemón.)  
 BÁRB.—(A media voz, sin moverse ni abrir los ojos.) Arrulladme, adormecedme.  
 CORNEL.—(En voz muy baja.) La verdad quedará oculta.  
 FILEM.—Diremos, probaremos... que la Condesa vino á visitarnos por la tarde... y...  
 CORNEL.—¿Pero lo creerán?  
 FILEM.—Créanlo ó no, lo mismo da. ¿Quién osará, quién, acusar á la Condesa?  
 CORNEL.—Nadie. Resultará que el Conde ha muerto á manos de salteadores...  
 BÁRB.—(En sueños.) Venus, hermosa Venus, astro de la tarde... Espléndidas luces del Cisne...  
 CORNEL.—Sueña con las estrellas... Ya descansa.  
 FILEM.—¡Infame Lotario... todos te aborrecen! No habrá un solo siciliano que quiera esclarecer tu muerte con la luz de la pura justicia.  
 BÁRB.—(En sueños, con voz apagada.) Leonardo.  
 FILEM.—Nombra al capitán.  
 BÁRB.—(Moviéndose en el lecho, como á punto de despertar y con voz entonada, amorosa.) Leonardo.  
 CORNEL.—Le llama con voz amante.  
 BÁRB.—(Levantándose súbitamente, desfavorida, con fuerte voz y desconociendo el sitio en que se encuentra.) ¡Leonardo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

*Vestíbulo de la residencia del Intendente Horacio Maddaloni. Al fondo, cuatro columnas dóricas ó jónicas, restos de un templo griego, aprovechados en las nuevas construcciones. A la derecha, dos puertas: la de primer término conduce á la biblioteca, la otra á las oficinas. A la izquierda, segundo término, puerta que conduce á las habitaciones privadas de Horacio. Al fondo, fuera de las columnas, alguna estatua ó grupo, tripodes y monumentales vasos griegos. En todo se revela el buen gusto y las aficiones del dueño de la casa. El foro es un paisaje combinado de rocas y grupos de papiros. A derecha é izquierda del foro, paso para el exterior. Mesas y sillones de estilo Imperio. Suelo de mosaico. Es pleno día.*

### ESCENA PRIMERA

HORACIO, seguido de SILVIO, sale por la izquierda y va al encuentro de DEMETRIO, que llega por el foro derecha.

- HORACIO.—Sea bien venido el poderoso señor, Demetrio Paleólogo.  
 DEMETRIO.—¡Horacio Maddaloni! (dándole los brazos) ¿eres tú?... El demonio que te conozca.  
 HORAC.—Vuestro amigo de otros días...  
 DEMET.—¡Y que no has variado poco, por Cristo! (Mirándole bien.) Eras humilde, pobretón... y ahora...  
 HORAC.—Obra de mis años, de mis buenos servicios...  
 DEMET.—Te casaste, ¿verdad?  
 HORAC.—Casado soy... y feliz.  
 DEMET.—Bien, Horacio, bien. (Observando el edificio.) Vives en grande... ¡Qué transformación!... Todo es nuevo para mí en Siracusa, después de quince años de ausencia.  
 HORAC.—¿Y habéis tenido un viaje feliz?